

**Familia y unidad
doméstica:
mundo público
y vida privada**

Elizabeth Jelin

REIMPRESION

I N D I C E

	Pág.
Introducción	5
El ámbito doméstico, el mundo público y la vida privada	8
Familia y unidad doméstica a lo largo del ciclo de vida	14
La unidad doméstica en la producción y reproducción	20
La dinámica interna: la unidad doméstica como organización formal	26
Las bases sociales de la solidaridad y el conflicto intradomésticos	34
Conclusiones	38
Referencias bibliográficas	41

FAMILIA Y UNIDAD DOMESTICA: MUNDO PUBLICO Y VIDA PRIVADA*

Elizabeth Jelin

Introducción

Los procesos sociales ligados a la reproducción cotidiana y generacional de la población constituyen un complejo conjunto de mecanismos y organizaciones relativamente poco estudiadas en las ciencias sociales. La temática del mantenimiento y reproducción de la población en las sociedades occidentales capitalistas contemporáneas ha estado prácticamente ausente del análisis social durante décadas y ha sido redescubierta sólo recientemente. Las descripciones y análisis de estos procesos eran parte de la tradición etnográfica de la antropología, pero no se habían estudiado con el mismo rigor en las sociedades occidentales, centrales o periféricas, ni en las diversas variantes de las organizaciones sociales socialistas.

Este redescubrimiento estuvo ligado a diversos desarrollos temáticos en las ciencias sociales: por un lado los debates sobre la economía política del trabajo doméstico, estimulados por los movimientos sociales de liberación de la mujer y por nuevas corrientes de análisis y crítica dentro de la tradición marxista (Malos, 1980). Por otro lado, la crisis de la economía del bienestar en las sociedades occidentales centrales, que ha puesto

* Este trabajo es parte del proyecto de investigación sobre "Unidad doméstica y nivel de vida en los estratos populares urbanos: estrategias de participación laboral y de consumo en Buenos Aires". Diversos aspectos de dicho proyecto han sido financiados por subsidios de PISPAL, OIT, Fundación Ford, Fundación Interamericana y por una beca personal del Population Council. Agradecemos el apoyo y confianza de estas entidades.

sobre el tapete, como cuestión social y políticamente significativa, el tema de los mecanismos sociales de protección y mantenimiento de los individuos y grupos sociales que no "trabajan"¹.

En el mundo académico, el descubrimiento y la politización del trabajo doméstico se dio, en la última década, como reacción a la sociología funcionalista de la familia. De manera esquemática, ésta planteaba que el proceso de modernización, en tanto involucra una creciente diferenciación institucional, produce una especialización funcional de la familia. Las únicas funciones sociales de la familia en el mundo moderno serían el apoyo emocional de los adultos y la socialización temprana de los niños. En esta perspectiva, la tarea doméstica —que incluye todas las actividades cotidianas de transformación final de bienes para el consumo y numerosos servicios personales— no parece existir ni requerir análisis y explicaciones. En tanto se realiza en el ámbito privado de la familia y el hogar, la importancia social de la tarea doméstica parece estar centrada en su valor como expresión del amor y la devoción de las mujeres y no como actividad material socialmente necesaria. Las situaciones de crisis en la materialización de ese trabajo "invisible", en parte producto del cuestionamiento de las mujeres de la "naturalidad" de su responsabilidad por el mismo, convirtieron al tema del mantenimiento cotidiano de la fuerza de trabajo y de los que no trabajan en una cuestión social y política relevante. En las ciencias sociales el tema se convirtió en objeto de reflexión y análisis.

Además del impacto de esta problematización proveniente de los países centrales, en el desarrollo de las ciencias sociales en América Latina el origen de la preocupación puede rastrearse en el análisis de la vinculación entre procesos y estilos de desarrollo y la conformación de nuevos grupos sociales. Durante la década de los sesenta, esta vinculación se fue focalizando en la búsqueda de relaciones entre la dependencia externa, que dejaba su impronta en el estilo de desarrollo, y la marginalidad social, su consecuencia desde la perspectiva de las

¹ Entre comillas porque se refiere a la definición habitual de "trabajo", o sea, el trabajo remunerado.

transformaciones en los sectores populares (Cardoso y Faletto, 1969; Nun, 1969; Kowarick, 1975). Este tipo de análisis se centró en la formación de nuevos grupos sociales, especialmente los sectores populares urbanos. La migración rural-urbana, desproporcionada con la absorción productiva alrededor de la industria moderna, fue vista como mecanismo de transformación de la marginalidad rural en marginalidad urbana (Quijano, 1968; Singer, 1975). Pero una mirada más en detalle a su organización económica y social dio lugar a reconsiderar el lugar de estos grupos sociales dentro de la nueva estructura urbana. Se pasó a reconocer cierto papel autónomo a los llamados "sectores informales" y a revalorizar sus rasgos creativos, a la vez que las articulaciones entre ellos y los sectores más dinámicos en dicha economía aparecían como más evidentes (Roberts, 1978; Peattie, 1979).

En el plano social, el análisis de la organización de las unidades productivas del sector informal implicó necesariamente una consideración explícita de la vinculación entre procesos de producción y reproducción y mantenimiento, dadas las determinaciones recíprocas que existen entre ellos (Schmukler, 1981; Jelin, 1976). A su vez, en el plano macrosocial, la reconsideración de los grupos sociales subalternos en el proceso de desarrollo llevó a visualizar el medio urbano no sólo como la escena de ciertas formas productivas (la fábrica moderna o el comercio callejero) que dan lugar a actores diferenciados (la clase obrera, los marginados), sino como varios escenarios superpuestos vinculados. Entre ellos, cobró especial importancia la organización del consumo colectivo en el medio urbano (el uso de la tierra, el transporte, los servicios habitacionales, la salud, etc.), como determinante del nivel y el estilo de vida de los sectores populares. De ahí la consideración de la organización del consumo como dimensión crucial de la organización social. Además, durante los últimos años se ha dado un desarrollo específico de la investigación y la conceptualización de la familia y sus estrategias de sobrevivencia (Torrado, 1981).

Este trabajo se inscribe dentro de esta perspectiva que privilegia las actividades de mantenimiento y reproducción. Su objetivo es avanzar en una conceptualización que rescate la dinámica interna de la organización doméstica, basándola

en las tareas y actividades concretas, materiales, "utilitarias" que en ella se realizan. Este enfoque no supone olvidar los lazos afectivos y las representaciones ideológicas y culturales que enmarcan y dan sentido a la organización doméstica, sino más bien anclar los afectos y las representaciones en los aspectos materiales de la vida cotidiana.

El ámbito doméstico, el mundo público y la vida privada

La literatura antropológica se ha especializado en analizar y discutir la temática de la organización social de la familia y la reproducción (para una revisión reciente de toda esta área, Yanagisako, 1979). Un primer punto importante a rescatar de esta literatura es la distinción analítica entre grupo residencial, unidad reproductiva, unidad económica de producción y unidad de consumo. En base a trabajos ya clásicos sobre el tema, después de revisar las diversas conceptualizaciones y enfoques, Jack Goody propone:

"la expresión 'grupo doméstico', con el fin de evitar algunas dificultades de definición e introducir un elemento de flexibilidad. Esta expresión es un término genérico que engloba tres tipos principales de unidades, a saber, la unidad de residencia, la unidad reproductiva y la unidad económica. La unidad económica, a su vez, es un término genérico que abarca a las personas comprometidas conjuntamente en el proceso de producción y consumo. En las sociedades agrícolas (así como en la producción artesanal) estas diversas unidades están íntimamente ligadas, mientras que en las sociedades industriales se las puede distinguir con nitidez". (Goody, 1972, p. 106).

Esta diferenciación analítica ha mostrado su utilidad comparativa, dada la enorme variabilidad intercultural en las formas de organización social. Su aceptación presenta dos problemas básicos, uno de carácter empírico, otro analítico. Si las unidades sociales se van a diferenciar según su actividad específica, queda en manos de la investigación empírica la determinación de los grados y tipos de superposiciones, correspondencias y disyunciones en la membresía y límites de los grupos sociales correspondientes, de la familia y de las unidades de producción y consu-

mo. También queda abierta la cuestión de las interrelaciones entre estas unidades².

En el plano analítico, el problema consiste en la formulación de jerarquías e interrelaciones explicativas entre las unidades, dimensiones y actividades, o sea, el planteo de hipótesis que señalan a ciertas dimensiones como principios organizativos sociales básicos, para permitir así la interpretación de variaciones y regularidades inter e intrasociales y la explicación de procesos de cambio. La cuestión clave, entonces, consiste en caracterizar la dimensión sustantiva definitoria del grupo doméstico y de los vínculos entre sus miembros. En esta dirección una fuerte corriente dentro de la antropología ha puesto el énfasis sobre los lazos de parentesco y la terminología correspondiente a los mismos, derivando de ellos los arreglos residenciales y la conformación de las unidades productivas y de consumo (Bender, 1967; Fortes, 1969). Alternativamente, otros estudios han puesto el énfasis sobre los mecanismos de transmisión de la propiedad, o sea las normas matrimoniales y hereditarias (Goody, 1976; Goody, Thrisk y Thompson, 1978). En algunos casos, hay una referencia explícita a la vinculación entre estos mecanismos y la organización productiva de la sociedad en cuestión (Meillassoux, 1977; Bourdieu, 1976).

Como señala Yanagisako, este enfoque puede ser útil cuando la propiedad es el elemento central que define y aglutina a las unidades domésticas. Pero,

"En otras situaciones, tales como la de los campesinos no propietarios, los recolectores y cazadores o los trabajadores asalariados, se podrían identificar otros componentes significativos de la organi-

² Estas cuestiones cobran su verdadera dimensión cuando se incluyen las organizaciones domésticas de tradiciones culturales divergentes, tales como la familia china (Greenhalgh, 1980) o la organización social de diversas culturas africanas y asiáticas (Oppong, 1982; Goody, 1976). Las coincidencias y distinciones entre unidades domésticas, familias, grupos residenciales y viviendas han sido objeto de discusiones operacionales muy extensas, especialmente en los intentos de estandarizar los criterios de enumeración censal para asegurar la coexistencia intersociedad (Burch *et al.*, 1976). Este punto es también de importancia capital en los análisis sobre distribución del ingreso que toman en cuenta la composición familiar (Kuznets, 1976).

zación familiar, tales como el grupo comensal, el grupo de producción y el grupo presupuestario, dentro del cual existen intercambios recíprocos entre los miembros sin llevar contabilidad. Sin embargo, ...el conjunto de personas que realiza cualquiera de estas actividades puede cambiar a lo largo del ciclo productivo, del ciclo de intercambio o del ciclo de vida del individuo. En consecuencia, desde un punto de vista analítico, resultaría más estratégico comenzar investigando las actividades constitutivas de las relaciones domésticas en cada sociedad particular". (Yanagisako, 1979, p. 186).

Aceptar la propuesta de la autora, que privilegia las actividades domésticas, implica una delimitación inicial del foco de análisis. En nuestro caso, como ya fue señalado antes, el foco está en las actividades ligadas al mantenimiento y reproducción de la población en el marco de una organización productiva dada.

El término "reproducción" incluye analíticamente tres dimensiones o niveles: la reproducción biológica, que en el plano familiar significa el tener hijos y en el plano social se refiere a los aspectos socio-demográficos de la fecundidad; la reproducción cotidiana, o sea el mantenimiento de la población existente a través de las tareas domésticas de subsistencia; y la reproducción social, o sea todas las tareas extraproductivas dirigidas al mantenimiento del sistema social (Edholm, Harris y Young, 1977). El *ámbito doméstico* incluye básicamente las actividades de producción y consumo cotidiano de alimentos y otros bienes y servicios de subsistencia, así como las actividades ligadas a la reposición generacional, es decir, tener hijos, cuidarlos y socializarlos.

La elección del ámbito doméstico no implica concebirlo como una unidad aislada del mundo social ni identificar "lo doméstico" con "lo privado", en contraposición con el ámbito público del poder y la producción social. Ambos son errores corrientes en la literatura sobre el tema. En efecto, a partir de distinciones analíticas referidas a los contextos en los que se desarrollan actividades y a la normatividad que regula cada ámbito, ha habido una tendencia en las ciencias sociales a tomar la distinción entre el mundo doméstico y el público como si reflejara un corte tajante real, y a atribuirle significados y referencias que van mucho más allá de lo implicado en la conceptualización original de la distinción, hecha por Fortes (1969).

El problema no reside tanto en los referentes teóricos y empíricos del mundo público sino en la confusión e identificación entre lo doméstico y el mundo privado, invisible desde el exterior, impenetrable y, por extensión, concebido como de la relativa menor importancia social³. Más aún, la distinción entre estos ámbitos ha sido identificada con la diferenciación sexual —los hombres a cargo de las tareas públicas, las mujeres de lo privado y doméstico— como si esto fuera una constante universal de la organización social. La indagación antropológica comparativa reciente muestra que el modelo de análisis basado en la contraposición entre el ámbito privado doméstico/las mujeres/la falta de poder y el ámbito público/los hombres/el poder, carece de base de base universal (Rapp, 1979) y que la distinción es fundamentalmente de naturaleza cultural e ideológica⁴.

El enfoque que aquí proponemos para abordar el ámbito doméstico parte de la crítica a estas concepciones dualistas y se nutre de ideas desarrolladas en los últimos años desde varias perspectivas convergentes. Desde la perspectiva de la "historia de las mentalidades" Donzelot ha presentado un convincente argumento sobre la presencia conformadora de "lo social" en el mundo de la familia:

"El método que empleamos plantea a la familia no como punto de partida, como realidad manifiesta, sino como una resultante móvil, como forma incierta, cuya inteligibilidad se logra solamente si se estudia el sistema de relaciones que mantiene en el nivel sociopolítico. Esto requiere detectar todas las mediaciones políticas que existen entre estos dos niveles de registro, identificando las líneas de transformación que se sitúan en ese espacio de intersecciones" (Donzelot, 1979, p. XXV).

Según el autor, la tarea del historiador, consiste en

³ Yamagisako, 1979, 1979, se refiere a la superficialidad de las descripciones del ámbito doméstico en los informes etnográficos, aún de antropólogos de primera línea, resultante de esta concepción.

⁴ Largaña y Dumoulin han extendido las implicaciones de esta distinción mostrando como la separación entre el trabajo visible y el socialmente invisible ha servido para enmascarar la subordinación de la mujer (Largaña y Dumoulin, 1975).

"identificar líneas de transformación suficientemente sutiles como para dar cuenta de las singularidades asignadas a los roles familiares... percibiendo a esos roles como el resultado estratégico de dichas formas diversas... Este primer objeto, la familia, irá luego desvaneciéndose en su trasfondo, eclipsado por otro, lo social, frente al cual la familia es al mismo tiempo reina y prisionera" (Donzelot, 1979, p. 7).

El concepto clave para esta indagación histórica es el "policiamiento",

"Comprendido no en el sentido limitador y represivo que se le asigna en la actualidad, sino con un significado mucho más amplio, que abarca todos los métodos para el desarrollo de la calidad de una población y la fortaleza de la nación" (Donzelot, 1979, p. 6-7).

O sea, la familia y el mundo doméstico se ven conformados en relación al mundo público de los servicios, de la legislación, del control social, de la cambiante definición del ámbito de aplicación de la medicina, de los mecanismos de regulación de las imágenes sociales prevalcientes sobre la familia y la "normalidad", de las ideologías e instituciones educativas, de las definiciones sociales del lugar y objetivo de la filantropía y la caridad pública (Donzelot, 1979; Arles, 1962). Las transformaciones en todo este sistema de instituciones e ideas van dando forma históricamente al ámbito de la familia. En este enfoque, obviamente, lo doméstico y la familia no son vistos como parte del mundo privado, sino como parte de "lo social", aquello sobre lo cual se ejerce el policiamiento y el control.

Desde la perspectiva centrada en la revisión de las diversas teorías sociológicas y psicológicas sobre la familia, y con el objetivo de responder a las preguntas sobre el futuro de la familia, Ch. Lasch también pone al descubierto el grado de politización y desprivatización a la que esta institución es sometida (Lasch, 1977). Según este autor, el patriarcalismo tradicional ha sido erosionado por la invasión de las agencias sociales, de los profesionales y los expertos, mirando las áreas de competencia de los propios miembros de la familia. Sin embargo, como muestra Donzelot, la penetración de "lo social" en el ámbito familiar no es una creación reciente debida a la creciente profesionalización de los servicios en Occidente, sino que se trata

de una fuerza social que se fue transformando a lo largo de varios siglos de historia, ejercida a través de diversas instituciones sociales (la filantropía y la caridad, la legislación sobre menores y familia, las prácticas médicas, etc.).

La contribución a la discusión de este tema proveniente de los estudios de la mujer se centra en el análisis de la identidad femenina, la división sexual del trabajo y las relaciones de poder. Dentro de esta perspectiva, una primera corriente intelectual ancla la subordinación de la mujer en la dualidad público/doméstico identificada con la diferenciación hombre/mujer. La posición subordinada de la mujer es explicada por su especialización en las actividades domésticas:

"En términos generales, las obligaciones y demandas domésticas parecerían ayudar a explicar las razones por las cuales las mujeres se ven, en todas partes, limitadas en el acceso a las actividades masculinas prestigiosas" (Rosaldo, 1980, p. 399).

El sistema de relaciones sociales que define la identidad femenina parece casi deducible de los hechos biológicos de la reproducción.

La crítica a esta visión dualista enfatiza el carácter público y social, real o potencial, de la actividad doméstica a cargo de las mujeres. Yanagisako, por ejemplo, concluye la revisión crítica de la bibliografía sobre la organización doméstica sosteniendo que "las relaciones domésticas son una parte esencial de la estructura política de una sociedad" (Yanagisako, 1979, p. 181). En un artículo reciente, Elshain critica las posturas arquetípicas del feminismo y el antifeminismo; el feminismo que reivindica una identidad pública para las mujeres en pie de igualdad con los hombres, rechazando su papel y su identidad ligada al ámbito doméstico, y la postura tradicional, que acepta la diferenciación sexual correlacionada con la distinción público/privado. Para plantear su posición, la autora hace una analogía con la leyenda de Antígona:

"El punto de vista de Antígona es el de una mujer que se atreve a desafiar a los poderes públicos expresando deberes e imperativos familiares y sociales... Para recapturar esta expresión y recuperar esta perspectiva —no solamente en función de y para las mujeres—

se hace necesario ubicar a las hijas de Antígona en el lugar que, temblorosa y problemáticamente, continúan ubicándose: en el ámbito del mundo social donde la vida humana es nutrida y protegida cotidianamente. Este es un mundo que las mujeres no han abandonado, aunque tanto la sociedad dominada por los hombres como una parte de la protesta femenina lo han desvalorizado como la esfera de los clichés, el trabajo de mierda y la decadencia social. Este es un mundo que las mujeres, conscientes de sus valores y tradiciones, pueden sacar a la luz para provisionar sobre políticas e identidades públicas del presente... Definir este mundo simplemente como la "esfera privada" en contraste con la "esfera pública" es engañoso. Para los norteamericanos, la noción de 'privado' evoca imágenes de estrecho exclusivismo. El mundo de Antígona, por lo contrario, es un espacio social que habla de, y hacia, identidades propias de cada familia particular, por un lado, pero que, en otro nivel quizás más básico, toca una identidad humana profundamente oculta, ya que primero y principalmente, no somos seres políticos o económicos, sino hombres y mujeres de familia" (Elshain, 1982, p. 55-56).

En este caso, convergente con la argumentación de Donzelot, se privilegian los aspectos políticos y sociales implicados en la esfera doméstica de la reproducción y el consumo (Jelin, 1983). En resumen, el ámbito doméstico que nos interesa caracterizar y estudiar se delimita por el conjunto de actividades comunes o compartidas ligadas al mantenimiento cotidiano de un grupo social, que se conforman y cambian en su relación con las demás instituciones y esferas de la sociedad. En esta relación, la organización doméstica no cumple solamente un papel adaptativo o "funcionalmente necesario" para la reproducción social, sino que contiene en sí un potencial de innovación y politización que se extiende más allá de sus límites.

Familia y unidad doméstica a lo largo del ciclo de vida

La elección de la unidad doméstica como foco de análisis se justifica por ser la organización social cuyo propósito específico es la realización de las actividades ligadas al mantenimiento cotidiano y la reproducción generacional de la población. Ahora bien, ¿qué es una unidad doméstica?, ¿cuáles son los parámetros estructurales de su composición y los criterios

de reclutamiento de sus miembros?, ¿cómo varía y se recompone esa unidad a lo largo del ciclo de vida de sus miembros?

Un primer punto que requiere atención es la distinción analítica entre unidad doméstica y familia. Por un lado, la familia tiene un sustrato biológico ligado a la sexualidad y la procreación, constituyéndose en la institución social que regula, canaliza y confiere significados sociales y culturales a estas dos necesidades. Por otro lado, la familia está incluida en una red más amplia de relaciones —obligaciones y derechos— de parentesco, guiadas por reglas y pautas sociales establecidas. La importancia social de la familia, sin embargo, va más allá de la normatividad de la sexualidad y la filiación. También constituye un grupo social de interacción, en tanto grupo co-residente que coopera económicamente en las tareas cotidianas ligadas al mantenimiento de sus miembros (Murdock, 1949).

Las actividades comunes ligadas al mantenimiento cotidiano definen unidades domésticas, en las cuales se combinan las capacidades de sus miembros y recursos para llevar a cabo dichas tareas de producción y distribución. En tanto tales,

“Las actividades domésticas son siempre parte de los procesos sociales ‘más amplios’ de producción, reproducción y consumo; como tales, varían según clase social. Las actividades domésticas no pueden ser analizadas independientemente de las relaciones socioeconómicas de las sociedades en las que están implantadas”. (Rapp et al., 1979, p. 176).

La familia constituye la base de reclutamiento de las unidades domésticas, develando un aspecto significativo de la normatividad social:

“Las personas son reclutadas para las relaciones materiales de las unidades domésticas en base a un compromiso social con el concepto de familia. En tanto aceptan el significado social de la familia, la gente entra en relaciones de producción, reproducción y consumo —se casa, tiene hijos, trabaja para mantener a sus dependientes, transmite y hereda recursos culturales y materiales. En todas estas actividades, el concepto de familia al mismo tiempo refleja y enmascara la realidad de la formación y sostenimiento de la unidad doméstica. Este concepto también permite ocultar la variedad de experiencias que distintas categorías de personas tienen en sus unidades

domésticas. Estas experiencias son radicalmente diferentes según sexo, generación y clase" (Rapp, 1979, p. 177).

Empíricamente, la mayoría de las unidades domésticas está compuesta por miembros emparentados entre sí, pero el grado de coincidencia entre la unidad doméstica y la familia, y más aún, la definición social de la amplitud (en términos de lazos de parentesco) del grupo co-residente, varían notoriamente entre sociedades y a lo largo del ciclo de vida de sus miembros. No es este el lugar para tipificar las posibles variaciones históricas y culturales que pueden presentar empíricamente la composición de las unidades domésticas y sus vínculos con familias y redes de parentesco, tema vasto que ha sido abordado desde diversos ángulos disciplinarios y analíticos. Así, en una perspectiva comparativa, la diferenciación de unidades domésticas ha sido abordada según su relación con los procesos de cambio en la economía mundial (Wallerstein y Martín, 1979). Desde la perspectiva de la demografía histórica y la historia de la familia, la discusión se ha centrado en los cambios en el tamaño y composición de las unidades domésticas (Laslett, 1972; Berkner, 1972 y 1975). También se han aplicado modelos de análisis basados en el ciclo de vida y el ciclo doméstico a datos históricos, resultando en contribuciones que destacan, por ejemplo, las circunstancias o importancia de la presencia de pensionistas y huéspedes en ciertos sectores sociales (Hareven, 1977), los cambios en los criterios y patrones matrimoniales (Modell et. al., 1978) y las transformaciones en los patrones que rigen las transiciones en el ciclo de vida (Hareven, 1978). En otra línea de indagación, los estudios recientes en antropología urbana han puesto el énfasis en la importancia de redes de relaciones de parentesco amplias en la realización de las tareas ligadas al mantenimiento cotidiano de los miembros de las unidades domésticas (Lomnitz, 1975; Stack, 1974 b; Ramos, 1981). Así, Stack ha mostrado que entre los negros pobres en áreas urbanas de los Estados Unidos, la unidad relevante para estas actividades cotidianas es la "red doméstica", más que el hogar. La red doméstica es una red extensa de parentesco, donde las relaciones recíprocas están dadas por los niños, por matrimonios y por amistades, que se alían para satisfacer las funciones domésticas. Este núcleo está disperso en varios hogares. Lo interesante es que las fluctuaciones en la composi-

ción de hogares individuales no alteran estos arreglos cooperativos más amplios (Stack, 1974a).

Circunscribiendo nuestro foco a la composición de las unidades domésticas en el mundo urbano contemporáneo, además de las consideraciones ligadas a la inserción de la unidad doméstica en los procesos sociales de producción y reproducción más amplios que discutiremos en la sección siguiente, interesa mencionar que la composición de la unidad doméstica, siempre normada por los lazos familiares, es el resultado de diversos procesos a lo largo del ciclo vital de sus miembros. Por un lado, están los acontecimientos ligados a la historia de la formación de la familia, incluyendo matrimonios, separaciones, nacimientos y muertes, así como las mudanzas, migraciones y otros accidentes o decisiones en coyunturas específicas, pero que dejan sus rastros en la composición del grupo doméstico futuro. Por otro lado, desde el contexto socio-político, importan los cambios en la situación económica y política en que ocurren las transiciones a lo largo del ciclo de vida, ya que estas situaciones suelen influir en la forma de organización doméstica en ese momento específico, y éste, a su vez, en la manera como se mantiene o cambia posteriormente. Es decir, la organización doméstica tiende a mantenerse a lo largo del tiempo según un patrón de actividades y de asignación de tareas, responsabilidades y autoridad establecido. Los cambios se producen como resultado de transiciones en el ciclo de vida de los miembros o como respuesta a situaciones coyunturales especiales —internas o externas— que requieren un ajuste en las estrategias acostumbradas.

Así, podemos tomar el modelo ideal de familia que intenta establecerse como unidad doméstica independiente en el momento del matrimonio. El que lo logre o no en ese momento es el producto de los recursos con los que cuenta la pareja y a su situación en relación a condiciones externas a su control. Por ejemplo, una condición externa relevante es la política de vivienda seguida por el gobierno, ya que ésta determinará el mercado de la vivienda en ese momento dado y el rango de posibilidades de acceso que una pareja específica tendrá. En el contexto más inmediato de esa misma pareja, podrá o no establecerse como unidad autónoma según el tipo de vínculo y los compromisos que cada uno de los cónyuges tenga con su fami-

lia: madres viudas o enfermas, negocios o propiedades familiares, nuevamente condicionan las opciones con las cuales los sujetos se enfrentan.

La historia posterior es compleja y multidimensional: la llegada de hijos, los cambios en los compromisos y responsabilidades hacia las familias de orientación de ambos miembros, la ayuda que pueden recibir de las redes informales, cambios en la política estatal o en el mercado de vivienda, etc., van condicionando las opciones y elecciones abiertas según las modificaciones en los recursos monetarios de los miembros de la pareja. Estas opciones no son racionalmente evaluadas de manera constante, sino que se actualizan en los momentos de transiciones significativas en el ciclo de vida del grupo familiar —nacimiento de hijos, muertes de padres, casamientos de hermanos, separaciones, etc.— o en momentos de crisis directa o indirectamente ligados a la vivienda —desalojos, cambios en la legislación de alquileres, acceso a créditos especiales, etc.

De este modo, si bien es de esperar que en todo momento específico la mayoría de los grupos domésticos estén compuestos por personas que guardan entre sí vínculos familiares inmediatos, la inclusión o exclusión de ciertos miembros no está dictada de manera unívoca por la cercanía del vínculo de parentesco ni puede explicarse únicamente por la situación presente de los miembros de la unidad doméstica. Padres cuyos hijos no viven con ellos, que a su vez tienen a su cargo a otros hijos de parientes más o menos cercanos, patrones de residencia doble (hijos de padres separados, por ejemplo, o abuelas que viven alternativamente en casa de sus varios hijos) constituyen fenómenos comunes, que deben ser tenidos en cuenta en cualquier trabajo de investigación².

La falta de coincidencia entre unidad residencial y núcleo de parentesco, a su vez, trae a la superficie otro problema importante, habitualmente olvidado en los análisis centrados en

² Debe mencionarse que por lo general, los estudios socio-económicos toman la composición del hogar como variable explicativa o como variable de control de otros fenómenos, sin hacer la pregunta inversa sobre los determinantes de la composición de las unidades residenciales. Una excepción a esta regla es el creciente interés en el estudio de unidades residenciales con jefes mujeres (Bunnic y Youssaf, 1978).

la unidad de residencia: por definición, los lazos de parentesco hacia afuera de la unidad son diferentes para los diversos miembros de la unidad. Cada miembro de la unidad tiene una red de relaciones familiares, con su sistema de relaciones mutuas, reciprocidades, derechos y deberes, relativamente independiente de las redes del resto de los miembros. La múltiple pertenencia a diversos grupos familiares implica a su vez que el grado de participación de cada miembro de una unidad doméstica en las actividades de dicha unidad puede ser significativamente diferente, dependiendo de las obligaciones y derechos que tiene con la red de relaciones familiares fuera de su unidad. Y esto, obviamente, varía según el estadio del ciclo vital de la persona en cuestión. Más sistemáticamente, los diversos miembros de una unidad doméstica contribuyen de manera diferencial a las tareas de mantenimiento cotidiano. Tanto en términos de los recursos monetarios incorporados a la unidad, como del tiempo personal dedicado a dichas tareas, el aporte de cada uno de los miembros a la actividad común varía según el tipo de obligaciones y deberes hacia afuera que cada miembro tiene. Al mismo tiempo, las unidades domésticas no necesariamente concentran todas las actividades ligadas al mantenimiento de sus miembros. Para algunas áreas de consumo, especialmente las de mantenimiento cotidiano —comida, higiene, limpieza, etc.— el grupo doméstico parecería ser la unidad social básica. Pero otras, incluyendo la salud, la vivienda y el equipamiento doméstico, pueden llevarse a cabo en unidades más amplias (redes de parentesco, barrio o comunidad) o más pequeñas (individuos aislados) que la unidad doméstica misma. En las áreas ligadas con la reproducción generacional de la población, las relaciones familiares, coincidan o no con el grupo doméstico, constituyen las relaciones sociales fundamentales.

En otras palabras, los límites de la unidad doméstica y la familia son sumamente permeables. Pero el grado de integración a las actividades de la unidad doméstica y el compromiso con esas actividades no varían al azar. Existen patrones sociales que diferencian el compromiso esperado para diversos miembros según su ubicación dentro de la unidad en términos de edad, sexo y relación de parentesco con los demás miembros. Lo que se espera de la hija mujer niña es diferente de la adoles-

cente y por supuesto, del adolescente varón. Y se espera un patrón de comportamiento diferente para la madre y el padre, para hermanos, tíos y abuelos. O sea, para volver a algo mencionado más arriba, aunque la institución social cargada de afectividad es la misma, "la familia" tiene significados y es experimentada de maneras muy diversas por individuos de distinto sexo, edad y clase social⁶.

Metodológicamente este planteo implica un doble camino en el proceso de investigación: se parte de una definición provisoria, empírica, del grupo doméstico compuesto por las personas que habitualmente residen en una unidad de vivienda. A partir de la desagregación y análisis de las redes de relaciones y del patrón de actividades de cada uno de los miembros, se puede explorar la utilidad analítica del concepto de unidad doméstica. Si los resultados de la investigación justifican la reconstrucción de los patrones sociales en ese nivel de agregación, la unidad doméstica cobra entidad conceptual en tanto corresponde a la estructura en que las redes de relaciones sociales de los diversos miembros convergen, cristalizadas, en una organización social con vida propia. En esta tarea, el estudio longitudinal basado en historias de vida de los miembros constituye una herramienta fundamental para detectar el grado de estabilidad en la composición de las unidades domésticas, así como las regularidades y patrones de cambio. A su vez, estudios comparativos internacionales, entre clases sociales y grupos, podrán mostrar los cambios en el grado de convergencia y cristalización de las relaciones sociales de parentesco y de las actividades ligadas al mantenimiento de la población en unidades domésticas.

La unidad doméstica en la producción y reproducción

Las actividades de las unidades domésticas revelan los vínculos materiales que las conectan con los procesos sociales

⁶ El uso de una única palabra, "familia", para designar experiencias diversas apunta a una universalización ideológica de un concepto que, aunque con referentes específicos en la experiencia de diferentes categorías sociales, es utilizado como si describiera una experiencia uniforme. Rapp, 1979, p. 178.

más amplios de producción y reproducción. En términos de la inserción en el proceso productivo, las unidades domésticas basadas en el trabajo asalariado de sus miembros se diferencian de las unidades productivas de base familiar (sean campesinas, artesanales, comerciales o de servicios), y éstas de las basadas en trabajo ocasional e inestable. En términos de la reproducción, como señala Rapp:

"Las relaciones de reproducción organizan un contexto social para los hechos biológicos —patrones de sexualidad, de matrimonio, o de fecundidad producen no solamente seres humanos, sino también participantes en relaciones entre géneros sexuales y generaciones. En un sentido amplio, la reproducción se refiere a todas las actividades a través de las cuales las unidades domésticas se reproducen a sí mismas y, en ese proceso, contribuyen a la reproducción de la sociedad total. A través de estas relaciones de producción y reproducción las condiciones originadas en áreas resistidas o invertidas) dentro de las unidades domésticas. Dado que las actividades domésticas vinculan a los miembros en las relaciones que continuamente producen y reproducen a la sociedad total, las unidades domésticas de distintas clases sociales varía sistemáticamente en su capacidad de obtener, acumular y transmitir recursos" (Rapp, 1979, p. 176-177).

Una parte importante de las actividades reproductivas de la unidad doméstica se manifiesta como tareas concretas de consumo. El consumo de los bienes y servicios que produce el sistema económico requiere tiempo y trabajo. Como señala Galbraith, en la sociedad occidental moderna, este trabajo es realizado fundamentalmente por la familia y especialmente por las mujeres. La tarea realizada por ellas no tiene compensación monetaria sino que es justificada en términos de la "virtud social" (Galbraith, 1973)⁷.

Las actividades de consumo y reproducción de la unidad doméstica no se limitan a las tareas domésticas de transformación de bienes producidos y comercializados a través del mer-

⁷ "La virtud social convencional adscribe méritos a toda patrón de comportamiento que, aunque inómodo para la persona involucrada, sirve al bienestar o comodidad de, o resulta ventajoso para, los miembros más poderosos de la comunidad" (Galbraith, 1973, p. 30). Galbraith identifica el papel de la mujer en el consumo como "crypto-servant role of administrator" (p. 37).

cado. La provisión de bienes y servicios de naturaleza colectiva es un insumo muy significativo de las mismas. La provisión de servicios por parte del estado —cuáles, para quién, cuándo, con qué costo— constituye históricamente un frente de lucha por la incorporación de sectores sociales a los beneficios y derechos que definen la ciudadanía social. La responsabilidad en la provisión de diversos servicios es de tal importancia que se ha convertido en una dimensión definitoria de los diversos modelos de estado: por un lado, el modelo liberal, que teóricamente plantea un grado mínimo de presencia de los servicios colectivos y prioriza la operación del mercado; por otro, las diversas variantes del estado de bienestar, en el que la gama de servicios definidos como obligación estatal es considerablemente más amplia. Finalmente, los estados socialistas, que hacen de estos servicios la piedra angular de su gestión. En la transformación histórica del papel social del estado, la conflictualidad social entre clases se define en la lucha por la ampliación de derechos y por la aplicación de políticas redistributivas (Marshall, 1964; Bendix, 1969; van Gunsteren, 1978). El acceso diferencial (y la necesidad diferencial de acceder) a estos servicios se ha ido convirtiendo históricamente en un criterio definitorio de la diferenciación entre clases sociales. En cada momento específico, el contexto social en el que se desarrolla la cotidianidad de las tareas de reproducción de cada clase social está determinado por el resultado de estas luchas en el pasado.

Existen tipos claramente diferenciados de consumos colectivos. Por un lado, los servicios públicos o colectivos ligados al mantenimiento de la población como un todo (transporte, drenaje, electricidad y gas, saneamiento, etc.). Aunque éstos pueden estar organizados empresarialmente con fines de lucro, requieren coordinación y regulación centralizada del espacio social. La experiencia histórica muestra que la ampliación de estos servicios está ligada a la acción directa del estado, ya que a menudo no resultan suficientemente rentables como para atraer la inversión privada. En consecuencia, se constituyen como servicios sujetos a los vaivenes de la política social del estado (Castells, 1976). Por otro lado, existen los servicios sociales de bienestar dirigidos a establecer el nivel social mínimo de bienestar de la población (en términos de salud, educación, etc.) a ser asegurado por el estado. La justificación de

estos servicios se basa en la ampliación de derechos y beneficios como extensión de la ciudadanía social. Otra parte de la política social de bienestar está dirigida a responder a la cuestión de quién se hace cargo del mantenimiento de las personas que no son autosuficientes, o sea, de aquellos cuyo ingreso monetario es inexistente o insuficiente para cubrir los costos correspondientes. Se trata entonces de la política que determina los mecanismos sociales de transferencias de ingresos y consumos. Así, en el modelo del "estado de bienestar" se asumen colectivamente los costos de estas tareas y actividades; por otro lado, el modelo liberal de la economía de mercado pura implica que estos costos de mantenimiento deben ser cubiertos individualmente, o mejor dicho, por las unidades domésticas de las cuales estas personas (niños, ancianos, enfermos, amas de casa, estudiantes, desocupados) son miembros.

Dejaremos de lado aquí las variaciones intersociales en la organización productiva y reproductiva, y concentraremos la atención específicamente en la situación de los sectores subalternos en el mundo urbano actual de las sociedades capitalistas. En esta realidad, la inserción de las unidades domésticas en los procesos sociales de producción, reproducción y consumo definen las posiciones de clase y la capacidad de acceder, acumular y transferir recursos. En principio, podemos caracterizar tres tipos de unidades domésticas populares urbanas, definidas en función de la inserción predominante de sus miembros en el sistema productivo: la unidad doméstica obrera, la pequeña empresa familiar y la organización social de la pobreza.

La base económica de la familia obrera, que permite su persistencia y reproducción, es el trabajo asalariado de sus miembros. La separación entre lugar de trabajo y hogar es clara y nítida. Por supuesto, el volumen de fuerza de trabajo que la unidad vende en el mercado varía:

"El volumen de fuerza de trabajo que debe ser ofrecido por una unidad doméstica de la clase trabajadora depende de muchos factores: el costo de reproducir (o mantener) a la unidad doméstica, las carreras ocupacionales y trayectorias de ingresos de los miembros individuales y el ciclo doméstico (es decir, las relaciones entre géneros y generaciones, que especifican si y cuando las esposas y los hijos adolescentes están disponibles para trabajar fuera del hogar)" (Rapp, 1978, p. 283).

La unidad doméstica obrera contiene dentro de sí puntos de tensión y contradicción: en efecto, la relación de producción básica se establece en el mercado de trabajo entre miembros individuales de la unidad doméstica que venden su fuerza de trabajo a cambio de salarios y beneficios sociales, mientras que la unidad doméstica basa su existencia en la colectivización y en la solidaridad de sus miembros. Dada la individuación de la participación en la fuerza de trabajo y de la percepción de los ingresos monetarios, los lazos dentro de la unidad doméstica deben ser muy fuertes para lograr contrarrestar las tendencias centrífugas e individualizadoras del mercado. La ideología de la familia, basada en el amor y el ideal de familia nuclear, constituyen sin duda elementos de este cemento.

Una segunda fuente de contradicciones proviene de la distancia entre ideales y realidad. Idealmente, la familia nuclear es la constituyente de la unidad doméstica obrera, deseando ser autónoma y autosuficiente en cuanto a los recursos necesarios para su mantenimiento y reproducción. Sin embargo,

"El ideal de autonomía de una familia nuclear independiente se ve constantemente contradicho por la realidad de las necesidades sociales, en las cuales los recursos deben ser mancomunados, prestados, compartidos. Las mujeres son quienes cierran la brecha entre lo que los recursos de la unidad son en la realidad y lo que se supone debe ser la posición social de la familia" (Rapp, 1978, p. 288).

La inserción estable de las mujeres en una red de parentesco y vecindad funciona como mecanismo de ajuste para la estabilidad de la unidad doméstica obrera (Ramos, 1981; Lomitz, 1975).

En contraposición con la estabilidad de la familia obrera, un segundo tipo de organización doméstica urbana —en la cual la familia obrera puede caer temporalmente o definitivamente— es la de los sectores con una inserción inestable en el mercado de trabajo. En este caso, el ingreso monetario ligado a la venta de la fuerza de trabajo no existe o resulta insuficiente para el mantenimiento y reproducción de la unidad, con lo cual ésta pierde su autonomía y autosuficiencia. A menudo esto implica una alta inestabilidad en la composición de la unidad doméstica y en los lazos familiares y una apelación constante a las

redes de relaciones informales y/o a los mecanismos de bienestar social, si es que existen. Esta inestabilidad puede ser temporal y pasajera, ligada a procesos migratorios o momentos de transición en los que los individuos mantienen lazos en diversas unidades domésticas. El caso más típico es el del migrante campesino estacional que mantiene vínculos en su lugar de origen (Arizpe, 1981; Balán, 1982). Pero existe una inestabilidad crónica, manifiesta como constante de la realidad urbana, variando su magnitud e importancia social según la coyuntura económica de cada país (especialmente las tasas de desempleo) y la política de bienestar.

Finalmente, un tercer tipo de unidad doméstica de los sectores populares es la empresa familiar basada en el trabajo de los miembros, siendo al mismo tiempo una unidad productiva y reproductiva. En ella, las tareas domésticas y las tareas para la economía de intercambio no se distinguen con nitidez, no existe separación espacial entre el lugar de trabajo y el ámbito doméstico, ni tampoco una clara división del trabajo entre sexos y generaciones, aunque sí de poder y autoridad. Si bien la mujer-madre tiene a su cargo la responsabilidad por el trabajo doméstico, su participación en la empresa familiar puede ser significativa, al igual que la de los hijos. Los lazos intrafamiliares son en este caso reforzados por la unificación de las tareas productivas y reproductivas, dentro de un marco de diferenciación interna de poder y líneas de autoridad. La individuación y autonomización de los miembros subalternos —esposa e hijos— puede resultar más difícil y conflictiva, en tanto la lógica de reproducción de la unidad se basa en la participación en el trabajo familiar sin remuneración.

Por supuesto, estos tres tipos no se encuentran de manera pura y totalmente diferenciada. Las transiciones entre uno y otro son fluidas y existen numerosos casos mixtos. Al mismo tiempo, en tanto las condiciones de vida de los sectores populares dependen de condiciones macrosociales comunes —tales como el nivel de actividad económica y la situación del mercado de trabajo, los servicios sociales producto de la política de bienestar y de las luchas sociales, y la existencia y vigencia de canales de expresión de intereses— la homogeneidad relativa en la posición de los sectores subalternos en el mundo del consumo y la reproducción crea condiciones de unificación de la condi-

ción popular, por encima de las diferenciaciones en términos de la inserción productiva.

La dinámica interna: la unidad doméstica como organización formal

En un conocido manual de sociología, el capítulo dedicado a las organizaciones formales comienza señalando que:

“Existe una diferencia fundamental entre las actividades que son sistemáticamente planificadas para obtener un resultado dado y las actividades espontáneas. Generalmente, denominamos ‘trabajo’ a las actividades sistemáticamente planeadas e intencionales, y ‘juego’ u ‘ocio’ a las actividades espontáneas... A veces, los sociólogos denominan al trabajo ‘actividades instrumentales’ y al juego ‘actividades expresivas’... Pero la distinción más importante... está en si una persona planifica sus propias actividades o si sus actividades son planificadas *para ella*... Todo arreglo social en el cual las actividades de algunas personas están sistemáticamente planeadas por otras personas (quienes, en consecuencia, tienen autoridad sobre aquellas) con el objeto de alcanzar un objetivo específico, se llama una *organización formal*”. (Stinchcombe, 1967, p. 154-155).

Desde esta perspectiva, una unidad doméstica, dedicada a realizar las actividades cotidianas dirigidas al mantenimiento de sus miembros, que se basa en la división del trabajo y de responsabilidades entre los mismos, con actividades y rutinas establecidas para cada uno, es una organización formal. Esto no niega la existencia de otros aspectos importantes y significativos de las unidades domésticas especialmente los componentes afectivos y los lazos de parentesco, que incluyen la transmisión intergeneracional de bienes, deberes, derechos, ideologías y formas de organización social. La aplicación del modelo de las organizaciones formales a las unidades domésticas, sin embargo, se justifica cuando el objetivo —como en el presente caso— es resaltar aspectos instrumentales de las mismas, para así poner al descubierto actividades y relaciones sociales reales pero que han permanecido relativamente invisibles para la sociedad.

Como en toda organización, existe un propósito específico hacia el cual se dirigen las actividades planificadas de un conjunto de personas. En el caso de la unidad doméstica, este propósito específico puede ser caracterizado de manera muy global —asegurar el mantenimiento y reproducción de sus miembros, según criterios y parámetros que hacen alusión a un “nivel de vida adecuado”. Este propósito resulta difícil de aprehender. Teóricamente podría definirse un umbral mínimo de satisfacción de ciertas necesidades biológicas (comer o dormir) para la sobrevivencia. Pero el mismo proceso de satisfacción de estas necesidades biológicas mínimas crea los fundamentos de la organización social y cultural, ya que las actividades requeridas se desarrollan como relaciones sociales con significados. Es decir, aún las necesidades biológicas tienen un componente social en el proceso de su satisfacción. De hecho, las necesidades a ser satisfechas son histórica y culturalmente variables para los diversos grupos o clases de la población⁸.

En el nivel microsociedad de la unidad doméstica, la definición de las necesidades va cambiando a lo largo del ciclo doméstico, en tanto el nivel de vida (como patrón de consumo ligado a la satisfacción de necesidades “normales” para un grupo social en un período histórico dado) se va definiendo a lo largo del curso biográfico-temporal de la unidad en cuestión y de cada uno de sus miembros⁹. En esta determinación intervienen: a) la combinación de las necesidades de cada uno de los miembros, de acuerdo con su inserción social (edad, sexo, ocupación); b) la adaptación cambiante de las necesidades domésticas a las coyunturas económico-sociales a lo largo del ciclo doméstico; y c) la propia historia del grupo doméstico, en tanto proceso temporal de acumulación (o pérdida) de recursos nece-

⁸ Existen dificultades analíticas múltiples con el concepto de necesidades. Existen diversas definiciones del mismo: desde las administrativo-burocráticas o normativas, que incluyen las discusiones sobre el concepto de “necesidades básicas”, hasta las que hacen referencia al punto de vista de los actores o a las definiciones sociales compartidas ligadas a la noción de bienestar o nivel de vida adecuado o normal. Heller, 1976; Leiss, 1976.

⁹ Sobre el nivel macrosociedad de bienestar y el grado de desigualdad en la distribución social de los servicios correspondientes, existe una vasta literatura que va desde los clásicos de la economía del bienestar hasta el análisis de los servicios y derechos urbanos.

sarios para las actividades ligadas al mantenimiento de los miembros.

La temática de la satisfacción plantea una dificultad adicional: la diferencia entre el nivel de definición de necesidades como parte del modelo de análisis (de acuerdo a parámetros externos a los actores) y la propia definición social de las necesidades. En la lógica del sentido común, se define como necesidad aquello de lo cual se carece, para lo cual no se cuenta con el stock de recursos para su satisfacción. Por ejemplo, la vivienda es, desde un punto de vista teórico, una necesidad constante de los grupos domésticos. Para ellos, en cambio, sólo se percibe como necesidad cuando no existen los recursos —producto de actividades pasadas— para satisfacer la necesidad de habitación. O sea, en la definición que cada grupo social hace de sus necesidades, estas son identificadas con las “carencias”, es decir, con aquellas necesidades que no pueden ser satisfechas con los recursos habitualmente disponibles.

En síntesis, el propósito de la unidad doméstica es la realización del conjunto de actividades ligadas al mantenimiento de sus miembros, según estándares culturalmente definidos como un “nivel de vida normal”. Y esta “normalidad” debe, a su vez, ser descompuesta en la normalidad estadística de los comportamientos más comunes entre los miembros de un grupo, la normalidad en el plano de las creencias y en el plano de los valores. (Skolnick, 1975).

Llevar a cabo las actividades ligadas a la satisfacción de las necesidades requiere el acceso a los recursos para realizarlas. Como en toda organización, la obtención de recursos es problemática y la unidad doméstica debe elaborar mecanismos para su obtención o creación, para su defensa, para su recreación o reproducción continua y para su administración. Para el caso de las unidades domésticas de los sectores populares urbanos, los recursos pueden provenir de distintas fuentes: el trabajo y esfuerzo directo de los miembros, las transferencias formales de instituciones reconocidas para ese fin (especialmente el estado) y las transferencias informales basadas en redes de intercambio y ayuda mutua. A su vez, los recursos pueden ser monetarios o en bienes o servicios de uso directo. Combinando ambos criterios:

FUENTE DE OBTENCION	TIPO DE RECURSO	
	Monetario	No-monetario
Trabajo de integrantes	Participación en la fuerza de trabajo	Producción doméstica
Transferencias formales (del estado, sindicatos, etc.)	Pensiones, jubilaciones	Acceso a servicios públicos, obras sociales, subsidios indirectos
Transferencias informales (de parientes y vecinos)	Ayuda mutua basada en reciprocidad/truque	

Para estudiar el proceso de creación, defensa, reproducción y administración de recursos a lo largo del tiempo podría partirse de la situación ideal de constitución de la familia/unidad doméstica en el momento del matrimonio. En ese momento, los cónyuges traen a la nueva empresa algunos recursos materiales (desde el ajuar de la novia hasta los regalos de casamiento, enseres domésticos básicos, quizás inclusive la vivienda propia) y su tiempo-qua-capacidad de trabajo, a ser vendida en el mercado de trabajo o utilizada en actividades domésticas. Traen también un "capital social", consistente en la red de relaciones sociales de parentesco y amistad basada en la reciprocidad, a la cual se puede acudir para ciertos servicios a cambio de prestar otros. Y traen un capital de información sobre el mercado de bienes y servicios requeridos para las actividades ligadas a la satisfacción de las necesidades (conocimiento de vías de transporte, obras sociales, servicios médicos, etc.). A medida que pasa el tiempo, la estructura de la unidad doméstica se puede ir modificando, con la adición de nuevos miembros y la separación de otros. A su vez, la composición de los recursos también va variando. Existe una expectativa social de que el "capital económico", la infraestructura doméstica básica, vaya aumentando y mejorando, adecuándose a las cambiantes necesidades del grupo (mejoras en la vivienda, equipamiento doméstico, etc.). Igualmente, lo que podría llamarse el "capital social" (siguiendo la terminología, aunque no estrictamente la conceptualización, de Bourdieu, 1977) también debe ser aumen-

tado y recreado constantemente. Al respecto, para mantener la red de reciprocidad es necesario activarla constantemente, a través de intercambios cuya función es siempre doble: obtener o prestar el bien o servicio específico del cual se trata y al mismo tiempo "aceitar" el sistema de relaciones de reciprocidad para mantenerlo en funcionamiento (Ramos, 1981). Y también es necesario mantener y actualizar lo que, analógicamente, podría denominarse el "capital cultural" de las actividades domésticas, es decir, el conjunto de informaciones sobre recursos y fuentes para su obtención (cambios de horarios en la atención de un hospital, nuevos derechos que adquiere un obrero en relación a las asignaciones familiares, manejo de trámites y estructuras burocráticas, etc.).

Por otro lado, la capacidad de trabajo de los miembros cambia a lo largo de su ciclo de vida, determinando cambios en la organización doméstica. Hay dos tipos de decisiones importantes: primero, cuándo y cuánto puede y debe trabajar cada miembro, es decir, quiénes y en qué momento van a contribuir al conjunto de actividades ligadas al mantenimiento del grupo. Las transiciones en el ciclo de vida están ligadas a estos cambios en roles domésticos: en qué momento un niño (o más a menudo una niña) debe ayudar en la tarea doméstica o cuándo debe salir a trabajar con remuneración; cuándo deja de trabajar —en tareas extradomésticas o domésticas— un anciano o anciana. En segundo lugar, está la decisión sobre la asignación de la capacidad de trabajo a la obtención de ingresos monetarios o a la producción doméstica, o sea la división del trabajo y de responsabilidades. Estos dos temas constituyen el eje central de la organización doméstica.

En cuanto a la administración de los recursos y su asignación a las diversas actividades, alguien debe hacerse responsable de las actividades y de velar para que los recursos no sean utilizados para fines diferentes a los prescritos. Existe la necesidad de organización, control y disciplina internos. Estas tareas son tradicionalmente asignadas a la mujer-ama de casa, aunque la responsabilidad por la organización doméstica que tiene la mujer no siempre le otorga poder. Su papel puede ser delegado o autónomo y puede contar con grados diversos de discreción y autoridad para implementar la división intradoméstica del trabajo. En parte, estas son cuestiones referentes no a la admi-

nistración de los recursos, sino al sistema de autoridad y control dentro de la organización.

En resumen, para realizar las actividades prescriptas y planificadas, la unidad doméstica requiere recursos diversos. Como señala Stinchcombe en relación a toda organización formal, la defensa de los recursos y la recreación de los mismos son los principales problemas que llevan a la organización a establecer relaciones con el mundo exterior. El control financiero y la administración del uso de esos recursos son las partes centrales del sistema de disciplina interna de las organizaciones (Stinchcombe, 1967, p. 167).

Un elemento fundamental en la caracterización de las organizaciones es el *sistema de autoridad* por el cual la gente está organizada y dirigida en la realización de las actividades. Esto incluye la asignación de responsabilidades, la supervisión de las tareas y un sistema disciplinario. Quizás la unidad doméstica se distinga de otras organizaciones formales en los incentivos utilizados para motivar a los miembros para realizar las tareas que les son asignadas. No se trata simplemente de asignar tareas desde una posición de autoridad, sino de una operación más compleja, que pone en juego los afectos y las solidaridades. En efecto, se requiere convencer a los miembros a que contribuyan a la labor común, incorporando los recursos monetarios obtenidos al presupuesto familiar y/o participando en la labor doméstica. En esto, el cálculo utilitario individual de los costos y beneficios monetarios de la convivencia no parece ser el criterio básico para la permanencia de una persona en un grupo doméstico¹⁰. Si bien la realidad económica de la escasez y las economías de escala de las unidades multipersonales están presentes, de manera implícita o explícita, en la conformación de los hogares, no alcanzan para explicarla. Se hacen necesarias apelaciones predominantemente morales, con relativamente

¹⁰ Anderson aplica este modelo utilitario para explicar las razones por las cuales los hijos trabajadores permanecían en el hogar paterno en la Inglaterra industrial de principios del siglo XIX, contrastándolo con los lazos "tradicionales" de sus lugares de origen rurales. La lectura de su texto, que se concentra en los beneficios monetarios, sirve para explicar de manera cabal la presencia de esta dimensión en la organización doméstica, pero no alcanza para poner de manifiesto la complejidad de los vínculos en el interior de la organización doméstica (Anderson, 1971).

poco uso de incentivos monetarios y coercitivos. Las apelaciones morales dirigidas a los diversos miembros son diferentes según su ubicación en la estructura de la unidad doméstica: la abnegación de la madre, la responsabilidad del padre, la obediencia del hijo, son valores sociales tradicionales sobre los que se asienta el sistema de incentivos.

De hecho, la tipificación de los roles sexuales (el hombre "jefe de familia" proveedor de recursos y la mujer que cuida el hogar y los hijos) y el sistema de deberes y obligaciones entre padres e hijos constituyen los pilares ideológicos sobre los que se apoya esta operación de convencimiento moral. Pero además, el uso de recompensas y castigos morales, basados en tradiciones y definiciones sociales fundadas en un proceso ideológico de "naturalización" de la división del trabajo entre sexos y generaciones, hace que todo el sistema de autoridad no resulte totalmente explícito y transparente —especialmente en la familia "moderna" en la cual los valores democráticos e igualitarios ya han dejado su impronta. En el caso de la familia, los valores e ideologías se corporizan en relaciones sociales altamente personalizadas, cargadas de profundos afectos y deseos. La complejidad de estos vínculos, y los diversos niveles y significados en que éstos pueden descomponerse y analizarse, indican la necesidad de investigar empíricamente las diversas *prácticas* domésticas de asignación de responsabilidades, de control de tareas y de disciplina, diferenciándolas y relacionándolas con las expresiones verbales, con la expresión de la normatividad y con las ideologías sobre el tema¹¹.

Finalmente, toda organización formal tiene una *teoría* o conceptualización acerca de cómo organizar las actividades. La planificación de actividades reposa sobre la capacidad de teorizar o reflexionar sobre la mejor manera de alcanzar un objetivo. En esto, no interesa el valor de verdad de la teoría, o sea, si es verdadera o falsa de acuerdo con algún criterio científico, sino el grado de aceptación de esa teoría —y de sus consecuencias— por parte de los planificadores y actores. En el caso de la unidad doméstica y la organización de la satisfac-

¹¹ Otro nivel, no planteado en este trabajo, se refiere a los contenidos psicológicos de los vínculos familiares.

ción de las necesidades cotidianas, este teorizar constituye el sistema de creencias básicas que guía la organización doméstica. Más que una teoría racional, es un sistema de representaciones cambiantes, a veces internamente contradictorio. Se trata de un sistema cultural de valores y normas, así como de patrones de comportamiento, anclado en nuestras sociedades en la distinción básica entre las esferas pública y privada de la vida, en la "naturalidad" de la familia y de la división sexual del trabajo, que entra en colisión con los valores ideológicos de la individuación y la autonomía personal. O sea, dentro de este sistema de representaciones existen fuerzas contradictorias que provocan procesos de cambio en la organización y en la ideología familiar, de modo que sólo el análisis empírico de la dinámica interna de las unidades domésticas podrá descubrir las bases de la solidaridad y unificación de los miembros y al mismo tiempo las fuentes de conflicto y desarticulación¹².

¹² Este planteo lleva implícita una crítica a los análisis microeconómicos de las actividades domésticas expuestas por la "New home economics". En efecto, la existencia de una conceptualización de las tareas no necesariamente implica que los actores se muevan de acuerdo con una teoría explícita o racional sobre costos y beneficios de la actividad doméstica, supuesto sobre el que se basa el análisis microeconómico neoclásico. Es muy posible que para ciertas actividades específicas en las que los parámetros son claros, los supuestos racionales de la utilidad marginal y el costo de oportunidad se ajusten a la realidad. Pero descubrir esto debiera ser el resultado de la investigación empírica, y no un supuesto de la misma. Tampoco están claros los principios lógicos de la acción de los miembros de la unidad doméstica. Suponer, como lo hace esa escuela, que la acción está regida por una lógica marginalista colectiva (de la unidad doméstica) constituye una inversión del proceso de investigación: se parte como premisa de lo que debiera —si la realidad así lo indica— constituir el resultado de la tarea de investigación. Descubrir cuál es la teoría de la distribución de tareas y de beneficios, y las variaciones entre grupos sociales en estos temas, constituyen preguntas de investigación. Pero además, el supuesto de la unidad doméstica como unidad de decisión requiere una profunda revisión, ya que oculta la condición social de la mujer, los mecanismos intradomésticos de generación y solución de conflictos, y el sistema de autoridad intrafamiliar (Galbraith, 1973).

Las bases sociales de la solidaridad y el conflicto intradomésticos

De lo dicho anteriormente se desprende que la unidad doméstica es una organización social multifacética. Si bien las actividades y tareas que se realizan tienen frutos materiales concretos más o menos inmediatos para la supervivencia de los miembros (la comida que va a satisfacer el hambre, la ropa que va a cubrir del frío), contienen también una dimensión afectiva, de refuerzo, recreación, ruptura y autonomización de lazos y relaciones sociales, y una dimensión simbólica ligada a valores e ideologías propias de cada clase o sector social. A su vez, se trata de una unidad con intereses mancomunados, pero en la cual la misma división del trabajo y los procesos de redistribución sobre los cuales se basa determinan intereses divergentes y luchas por el control entre sus miembros:

"El presupuesto común permite percibir a la unidad doméstica como una unidad con intereses comunes, a pesar de las relaciones diferenciadas de sus miembros en el sistema productivo. Debido a la división del trabajo entre los miembros de la familia, la falta de unidad es inherente a la 'unidad' de la familia". (Hartman, 1981, p. 374).

O sea, la unidad doméstica no es un conjunto indiferenciado de individuos que comparten las actividades ligadas a su mantenimiento. Es una organización social, un microcosmos de relaciones de producción, de reproducción y de distribución, con una estructura de poder y con fuertes componentes ideológicos que cementan esa organización y aseguran o ayudan a su persistencia y reproducción, pero donde también hay bases estructurales de conflicto y lucha. Al mismo tiempo que existe una tarea y un interés colectivo, de la unidad misma, los diversos miembros tienen intereses propios, anclados en su propia ubicación en los procesos de producción y reproducción intra y extradomésticos.

Los principios básicos de organización interna, siguen, en tanto familia, los cortes según edad, sexo y parentesco. Las diversas actividades y tareas alrededor de las cuales se organiza la unidad pueden clasificarse en dos grandes grupos: las tareas

de producción, o sea la organización de la división del trabajo, y las de consumo, es decir, la organización de la distribución de los bienes y servicios para satisfacer las necesidades. Las decisiones sobre la división del trabajo están centradas en la respuesta a la cuestión, ¿quién hace qué?, ¿quién sale a trabajar afuera y quién hace el trabajo doméstico?, ¿cómo?, ¿de acuerdo con qué estándares?, etc. En cuanto al consumo, la cuestión es cómo organizar el gasto o el presupuesto familiar: ¿qué se gasta? ¿cuáles son las prioridades? ¿quién controla y decide? Hay una tercera área intermedia, que se refiere a cuánto del trabajo y/o ingreso de cada miembro se destina al "pozo común" o al presupuesto familiar, en contraposición al uso individual no socializado de esos recursos. Estos son los ejes de las cuestiones que generan las líneas de conflicto y lucha intradoméstica, así como las alianzas y la solidaridad.

Dentro del contexto sociopolítico e ideológico de las sociedades capitalistas patriarcales, los hijos están subordinados a los padres, a quienes otorgan respeto y obediencia, y frente a los cuales tienen la responsabilidad de colaborar y participar en el bienestar común, definido y mantenido por la autoridad paterna¹⁸. Durante los últimos siglos, el mundo occidental ha sufrido fuertes procesos de individuación de los hijos y quiebra (o autonomización más temprana) de la autoridad paterna. Anderson (1971) compara la situación en las zonas rurales de origen de los migrantes a Lancashire en el período de la industrialización inglesa con la situación en las ciudades textiles. A partir de la reconstrucción histórica plantea que en la ciudad los jóvenes tenían la opción de separarse e individualizarse en relación a sus padres. Si permanecían en la unidad doméstica conformada por su familia de origen era por conve-

¹⁸ La literatura reciente sobre el tema de las transferencias intergeneracionales proviene de dos corrientes, la teoría de la modernización y la transición demográfica, y la microeconomía centrada en el valor de los hijos. En ambas se plantea la dicotomía entre egoísmo y altruismo como motivación para tener hijos: se tienen hijos porque eventualmente los beneficios materiales recibidos superan los costos; o se tienen hijos por la "satisfacción" altruista de dar sin esperar recibir más que recompensas y satisfacciones morales (Caldwell, 1976; Willis, 1981).

niencia material¹⁴. El foco del análisis de Anderson es la situación de los hijos en el momento en que ganan autonomía financiera a partir de su incorporación a la fuerza de trabajo, momento en que es claramente posible identificar intereses diferenciados. Dado el proceso de creciente autonomización de los jóvenes y de pérdida de la autoridad patriarcal, en la actualidad los enfrentamientos intergeneracionales pueden aparecer en momentos anteriores del ciclo de vida, en lo que se refiere a la contribución de los hijos al trabajo doméstico, al requerimiento de los padres de que consigan empleo para ayudar al mantenimiento familiar, o a la decisión acerca de si los recursos así obtenidos son de apropiación individual o familiar. Además, el enfrentamiento intergeneracional aparece también en el área de consumo, especialmente en las presiones de los jóvenes adolescentes para obtener una serie de bienes —que van desde la ropa “de moda” hasta los aparatos para escuchar música y los cassettes correspondientes— dictados por el mundo de la cultura juvenil de consumo. En el ámbito doméstico estas presiones se traducen en el conflicto acerca de la jerarquización de los consumos y la redistribución de los beneficios (Jelin, 1983).

Históricamente el proceso de reivindicación de los intereses individuales ocurrió primero entre generaciones —los jóvenes frente a sus padres— que entre sexos. El esquema patriarcal se comenzó a quebrar en esa línea cuando la base material de subsistencia se transfirió de la propiedad de la tierra a ser transmitida hereditariamente de padres a hijos a la venta de fuerza de trabajo en el mercado, para la cual la unidad relevante es el individuo y no la familia. El proceso de individuación y reconocimiento de intereses y derechos propios de la mujer frente al hombre jefe de familia es mucho más reciente. De ahí que este tema, la dinámica de la división del trabajo y la lucha por el poder entre sexos, sea objeto de atención especial solamente en los últimos quince años, en la literatura sobre

¹⁴ En este estudio se hace total omisión del análisis de los lazos afectivos, como si éstos no se mantuvieran o no cimentaran las relaciones entre padres e hijos, o mejor dicho, parecería que aunque los padres pudieran esperar algo de los hijos, éstos tienen la opción de no cumplir con esas expectativas y “dejarlos plantados”.

el trabajo doméstico, la subordinación de la mujer y la organización social de la reproducción.

En la dinámica doméstica entre sexos, las líneas de conflicto se plantean en torno a la cuestión de la producción, especialmente alrededor de la responsabilidad doméstica cuando aumenta la participación en la fuerza de trabajo de las mujeres tradicionalmente a cargo de la misma. Los estudios de presupuestos de tiempo indican claramente la mayor carga de trabajo de las mujeres, y esto se está convirtiendo en tema de lucha y reivindicación femenina, tanto en el plano privado de cada familia como en los movimientos sociales. En el área de la distribución, sin embargo, la mujer madre parece mantener su posición de "defensora del bien común" del ámbito doméstico colectivo, frente a los embates de los demás miembros de la unidad. Esta situación puede cambiar en distintas direcciones. Por un lado, puede llevar a una creciente individuación de la mujer, a través de una lucha por obtener más beneficios en favor de sus intereses personales. Alternativamente, puede llegar a provocar una creciente extensión y socialización de la orientación básica de defensa de los intereses "humanistas" implícitos en el rol doméstico de la mujer¹⁵.

¹⁵ En este punto, Elshatain propone una salida a través de la ampliación del "pensamiento maternal": "El pensamiento maternal nos recuerda que las políticas públicas tienen impacto sobre los seres humanos reales. A medida que la política pública se vuelve crecientemente impersonal, calculadora y tecnocrática, el pensamiento maternal insiste en que la realidad de cada niño individual sea mantenida en el foco de la atención. El pensamiento maternal, como la protesta de Antígona, constituye un rechazo del arte amoral de gobernar y una afirmación de la dignidad de la persona humana" (Elshatain, 1982, p. 59).

Conclusiones

La intención de este trabajo fue discutir los aportes que, desde diversas disciplinas, plantean nuevas formas de pensar y de problematizar la temática de la familia y la organización doméstica. En ningún momento se pretendió formular un esquema teórico integrado y coherente. Más bien, se trató de rescatar y poner al descubierto mecanismos y procesos de organización social básicos, tal como éstos se manifiestan en las relaciones sociales de la cotidianidad. Se trata de mecanismos y procesos que han permanecido ocultos en las formulaciones convencionales y habituales de las ciencias sociales sobre la institución familiar.

Dado el foco del trabajo, no resulta posible extraer conclusiones finales claras y nítidas sobre lo presentado y discutido. En realidad, a lo que llegamos es a abrir cuestiones y preguntas que deberán ser exploradas y profundizadas en investigaciones y discusiones futuras. La agenda que resulta de este ejercicio no se resume en una serie de temas sustantivos específicos, sino que pone el énfasis sobre perspectivas y puntos de vista desde los cuales encarar el análisis de la familia y la organización doméstica. Veamos algunas de estas consideraciones.

En primer lugar, el énfasis sobre la complejidad y multidimensionalidad de la cotidianidad. Más que separar y elegir un nivel o dimensión de estudio de la organización doméstica, parece importante centrar esfuerzos en develar cómo varias dimensiones —lo material-económico, lo simbólico-cultural, lo político— están presentes y confluyen en cada uno de los acontecimientos y relaciones sociales de la vida cotidiana. En efecto, todo comportamiento socialmente relacionado contiene mensajes que pueden (y deben) ser interpretados en diversas claves. No se trata de clasificar a los comportamientos en económicos, políticos, simbólicos, etc., sino de interpretar los sentidos de un mismo comportamiento en estos diversos niveles analíticos¹⁶, o sea, en un comportamiento social se intercam-

¹⁶ El enfoque que seguimos aquí se inspira en el tipo de indagación etnográfica a la que se refiere Geertz como "descripción densa" en el

bían, al mismo tiempo, objetos materiales, afectos, símbolos culturales, identidades y poder¹⁷.

En segundo lugar, se recalca la consideración explícita de la dinámica intradoméstica, tanto en lo que se refiere a los patrones de división del trabajo como a las interacciones y decisiones vinculadas a la asignación de recompensas, consumo y presupuesto. En la vida cotidiana, las decisiones de gastos (qué se va a comprar y para quién) forman parte de un complejo en el que se discute y decide al mismo tiempo la división del trabajo (quién hace qué y se responsabiliza por qué) y los criterios de autoridad y control (quién juzga el desempeño de cada uno). Todo esto ocurre en un ámbito en el que también están en juego los amores y afectos, las obligaciones y deberes mutuos. En ese complejo conjunto de relaciones multidimensionales, se pueden distinguir analíticamente dos líneas básicas de conflicto y alianza intradomésticas, basadas en las distinciones entre géneros sexuales y entre generaciones. La primera gobierna normativamente la división del trabajo — las tareas domésticas a cargo de las mujeres, el trabajo extra-doméstico a cargo de los hombres. La segunda es especialmente importante para comprender la dinámica del consumo (Jelin, 1983).

En tercer lugar, la interpenetración entre la dinámica intradoméstica y el mundo social y político más amplio. La distinción entre el ámbito público y el privado, según resulta de la discusión realizada, constituye un punto de partida para la indagación de la presencia de lo social en la vida familiar. Es, a nivel ideológico-simbólico, una manera de pensar y elaborar la especificidad de la vida familiar, pero no describe adecuadamente la realidad de las relaciones sociales y políticas. La familia se constituye y acota en función de sus interrelaciones con las demás instituciones sociales; nunca fue ni podrá ser un espacio

marco de una teoría interpretativa de la cultura (Geertz, 1973). Sin embargo, no compartimos totalmente el énfasis culturalista del autor.

¹⁷ Existe una tradición más establecida en ciencias sociales en el análisis de algunas de estas dimensiones que en otras. Así, tenemos más herramientas para el análisis del plano económico o político de las acciones que para el análisis de lo afectivo o lo simbólico, con la excepción de las herramientas de la psicología individual, claramente insuficientes.

ajeno a, o aislado de, las determinaciones sociales más amplias. En este sentido, la familia y las relaciones domésticas cotidianas no constituyen un mundo "privado". Más bien, el mundo privado de cada sujeto social se construye a partir de las relaciones y controles sociales dentro de los cuales se desarrolla la cotidianidad.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- ANDERSON, Michael, 1971. *Family structure in nineteenth century Lancashire*. Cambridge, Cambridge University Press.
- ARIES, Philippe, 1962. *Centuries of childhood. a social history of family life*. Nueva York, Vintage.
- ARIZPE, Lourdes, 1981. La migración por relevos y la reproducción social del campesinado. En BALAN, Jorge (ed.) *Why people move*. París, UNESCO.
- BALAN, Jorge, 1982. Household formation, migrant labor, and the informal economy: notes on a case study of bolivians in Buenos Aires. Buenos Aires, CEDES, mimeo.
- BENDER, Donald R., 1967. A refinement of the concept of household: families, co-residence and domestic functions. *American Anthropologist*, Vol. 69, Nº 5.
- BENDIX, Reinhard, 1969. *Nation building and citizenship: Studies of our changing social order*. Nueva York, Doubleday.
- BERKNER, Lutz K., 1972. The stem family and the developmental cycle of the peasant household: an eighteenth-century Austrian example. *American Historical Review*, Vol. 77, Nº 2.
- BERKNER, Lutz K., 1975. The use and misuse of census data for the historical analysis of family structure: a review of household and family in past time. *Journal of Interdisciplinary History*, Vol. 5, Nº 4.
- BOURDIEU, Pierre, 1976. Marriage strategies as strategies of social reproduction. En FORSTER, Robert y Orest RANUM (eds.), *Family and society. Selections from the Annals: Economies, societies, civilisations*. Baltimore, Johns Hopkins University Press.
- BOURDIEU, Pierre, 1977. *Outline of a theory of practice*. Cambridge, Cambridge University Press.
- BURCH, Thomas, Luis F. LIRA y Valdecir F. LOPES (eds.), 1976. *La familia como unidad de estudio demográfico*. San José, CELADE.
- BUVINIC, Mayra y Nadia H. YOUSSEF, 1978. *Women-headed households: the ignored factor in development planning*. Washington, International center for research on women.

- CALDWELL, John C., 1976. Toward a restatement of demographic transition theory. *Population and Development Review*, Vol. 2, Nº 6.
- CARDOSO, Fernando H. y Enzo FALETTO, 1969. *Desarrollo y dependencia en América Latina*. México, Siglo XXI.
- CASTELLS, Manuel, 1976. *La cuestión urbana*. México, Siglo XXI.
- DONZELOT, Jacques, 1979. *The policing of families*. Nueva York, Pantheon Books.
- EDHOLM, Felicity, Olivia HARRIS y Kate YOUNG, 1977. Conceptualising women. *Critique of Anthropology*, Vol. 3, Nº 9/10.
- ELSHYAIN, Jean B., 1982. Antigone's daughters. *Democracy*, Vol. 2, Nº 2.
- FORTES, Meyer, 1969. *Kinship and the social order*. Chicago, Aldine.
- GALBRAITH, John K., 1973. *Economics and the public purpose*. Boston, Houghton Mifflin.
- GEERTZ, Clifford, 1973. *The interpretation of cultures*. Nueva York, Basic Books.
- GOODY, Jack, 1972. The evolution of the family. En LASLETT, Peter (ed.), *Household and family in past time*. Londres, Cambridge University Press.
- GOODY, Jack, 1976. *Production and reproduction: a comparative study of the domestic domain*. Cambridge, Cambridge University Press.
- GOODY, Jack, Joan THIRSK y E. P. THOMPSON (eds.), 1978. *Family and inheritance: rural society in Western Europe, 1200-1800*. Cambridge, Cambridge University Press.
- GREENHALG, Susan, 1981. Chinese *chao* and the level of income equality in Taiwan: rethinking the recipient unit in income distribution studies. Lleja, IUSSP, mimeo.
- HAREVEN, Tamara K. (ed.), 1977. *Family and kin in urban communities, 1700-1930*. Nueva York, New Viewpoints.
- HAREVEN, Tamara K. (ed.), 1978. *Transitions: the family and the life course in historical perspective*. Nueva York, Academic Press.
- HARTMANN, Heidi, 1981. The family as the locus of gender, class, and political struggle: the example of housework. *Signs*, Vol. 6, Nº 3.
- HELLER, Agnes, 1976. *The theory of need in Marx*. Londres.
- JELIN, Elizabeth, 1976. Migración a las ciudades y participación en la fuerza de trabajo de las mujeres latinoamericanas: el caso del servicio doméstico. *Estudios Sociales* Nº 5, Buenos Aires, CEFES.
- JELIN, Elizabeth, 1982. Potencial organizativo de las mujeres: notas para una discusión. *Diálogo sobre la Participación* 2. Ginebra, UNRISD.
- JELIN, Elizabeth, 1983. Las relaciones sociales del consumo: el caso de las unidades domésticas de sectores populares. Buenos Aires, CLDES, mimeo.
- KOWARICK, Lucio, 1975. *Capitismo e marginalidade na América Latina*. Rio de Janeiro, Paz e Terra.

- KUZNETS, Simon, 1976. Demographic aspects of the size distribution of income: an exploratory essay. *Economic Development and Cultural Change*, Vol. 25, No 1.
- LARGUÍA, Isabel y John DUMOULIN, 1975. Aspects of the conditions of women's labor. *NACLA's Latin America and Empire Report*, IX.
- LASCH, Christopher, 1977. *Haven in a heartless world: the family besieged*. Nueva York, Harper & Row.
- LASLETT, Peter (ed.), 1972. *Household and family in past time*. Londres, Cambridge University Press.
- LEISS, William, 1976. *The limits of satisfaction: an essay on the problem of needs and commodities*. Toronto, University of Toronto Press.
- LOMNITZ, Larissa, 1975. *Cómo sobreviven los marginados?* México, Siglo XXI.
- MALOS, Ellen (ed.), 1980. *The politics of housework*. Londres, Allison & Busby.
- MARSHALL, T. H. 1964. *Class, citizenship, and social development*. Nueva York, Doubleday.
- MEILLASSOUX, Claude, 1977. *Mujeres, graneros y capitales*. México, Siglo XXI.
- MODELL, John, Frank F. FURSTENBERG, Jr. y Douglas STRONG, 1978. The timing of marriage in the transition to adulthood: continuity and change, 1860-1975. En DEMOS, John y Sarane S. BODCOK (ed.), *Turning points*. Chicago, American Journal of Sociology, suplemento al Vol. 84.
- MURDOCK, George F., 1949. *Social structure*. Nueva York, Macmillan.
- NUN, José, 1969. Sobrepoblación relativa, ejército industrial de reserva y masa marginal. *Revista Latinoamericana de Sociología*, Vol. 5, No 2.
- OPFONG, Christine, 1982. Family structure and women's reproductive and productive roles: some conceptual and methodological issues. En ANKER, Richard, Mayra BUVINIC y Nadia H. YOUSSEF (eds.), *Women's roles and population trends in the Third World*. Londres, Croom Helm.
- PEATTIE, Lisa, 1979. La organización de los "marginados". En KAZIMAN, Ruben y José L. REYNA (ed.), *Fuerza de trabajo y movimientos laborales en América Latina*. México, Colegio de México.
- QUIJANO, Anibal, 1968. Dependencia, cambio social y urbanización en América Latina. *Revista Mexicana de Sociología*.
- RAMOS, Sílvia E., 1981. Las relaciones de parentesco y de ayuda mutua en los sectores populares urbanos. Un estudio de caso. *Estudios CDEES*, Vol. 4, No 1.
- RAPP, Rayna, 1978. Family and class in contemporary America: notes toward an understanding of ideology. *Science and Society*, vol. XLII, No 3.

- RAPP, Rayna, 1979. *Anthropology. Signs*, Vol. 4, Nº 3.
- RAPP, Rayna, et. al., 1979. Examining family history. *Feminist Studies*, Vol. 5, Nº 1.
- ROBERTS, Bryna, 1978. *Cities of peasants: the political economy of urbanization in the Third World*. Londres, F. Arnold.
- ROSALDO, Michelle Z., 1980. The use and abuse of anthropology: reflections on feminism and cross-cultural understanding. *Signs*, Vol. 5, Nº 3.
- SCHMUKLER, Beatriz, 1981. Mujer y familia en la reproducción de la pequeña burguesía. En AGUIAR, Norma (ed.), *Mulheres na força de trabalho na América Latina*. Rio de Janeiro, Editora Vozes.
- SINGER, Paul, 1975. *Economía política de urbanización*. San Pablo, Editora Brasiliense.
- SKOLNICK, Arlene, 1975. The family revisited: themes in recent social science research. *Journal of Interdisciplinary History*, Vol. V, Nº 4.
- STACK, Carol B., 1974a. *All our kin: strategies for survival in a black community*. Nueva York, Harper & Row.
- STACK, Carol B., 1974b. Sex roles and survival strategies in an urban black community. En ROSALDO, Michelle Z. y Louise LAMPHIERE (ed.), *Women, culture and society*. Stanford, Stanford University Press.
- STINCHCOMBE, Arthur, 1967. Formal organizations. En SMELSER, Neil J. (ed.), *Sociology: an introduction*. Nueva York, Wiley.
- TORRADO, Susana, 1981. The 'family life strategies' approach in Latin America: theoretical-methodological trends. Trabajo presentado en la Conferencia General de la IUSSP, Manila, mimeo.
- VAN GUNSTEREN, Herman, 1978. Notes on a theory of citizenship. En PETER BIRNBAUM, Jack LIVELY y Geraint PARRY (eds.), *Democracy, consensus and social contract*. Londres, Sage.
- WALLERSTEIN, Immanuel y William MARTIN, 1979. Changes in household structure and labor-force formation. *Review*, Vol. III, Nº 2.
- WILLIS, Robert J., 1981. The direction of intergenerational transfers and demographic transition: the Caldwell hypothesis revisited. Trabajo presentado al IUSSP Seminar on Individuals and families and income distribution. Honolulu, mimeo.
- YANAGISAKO, Sylvia J., 1979. Family and household: the analysis of domestic groups. *Annual Review of Anthropology*, Vol. 8.